

# La calle del Calvario

[Poema - Texto completo.]

Juan de Dios Peza

## *Leyenda del clavo*

---

Joseph Ramírez Dorantes,  
era, hablando con verdad,  
uno de los estudiantes  
más cumplidos y galantes  
de nuestra Universidad.

Era de honrada ascendencia,  
su padre cifró su afán  
en ilustrarlo a conciencia,  
y a estudiar jurisprudencia  
lo mandó de Michoacán.

Vivió, cual es de ordinario,  
sufriendo algunos rigores;  
y el centro universitario  
lo nombró bibliotecario  
del claustro de los Doctores.

Fue una borla su esperanza,  
sin que de la suerte impía  
temiera aleve asechanza,  
y tan dado a la enseñanza  
que un Dómine parecía.

Siempre a las contiendas hecho,  
amaba la discusión,  
y en la mesa y en el lecho  
era un curso de derecho  
su amena conversación.

En su memoria reunidas,  
con invisible buril,  
se encontraban esculpidas  
las leyes de las Partidas

y del derecho civil.

Era alegre y zalamero,  
decidor grato y sin par,  
y en aquel claustro severo  
era en la misa el primero  
que se acercaba al altar.

¡Con qué entusiasmo estudiaba!  
y era por su devoción,  
si a un santo se celebraba,  
el que a llevar ayudaba  
el palio en la procesión.

Y a un tiempo afable y sencillo,  
lleno de franqueza y fe,  
sin buscar aplauso y brillo,  
jugaba igual un tresillo  
como bailaba un minué.

Y así de todos querido,  
en lo mejor de su edad,  
y por todos aplaudido,  
juzgábanlo el consentido  
de aquella Universidad.

## II

Locuaz, osado, altanero,  
de embozada condición,  
era en el claustro severo  
de Ramírez compañero  
Roque Manresa y León.

En estudiar diligente,  
cursando Filosofía,  
era discreto y prudente  
que en época tan creyente  
él ni en el diablo creía.

Del Génesis y el Éxodo  
burlábase por igual,  
mas con tan discreto modo,  
que le juzgaban en todo  
sincero, adicto y leal.

Eran ambos estudiantes  
alegres y decidores,  
para los libros, constantes,  
y según fama, galantes

y atrevidos, en amores.

Nunca se les vieron huellas  
de asuntos envilecidos  
por tenebrosas querellas  
eran terror de doncellas  
y espanto de los maridos.

Y eran ambos celebrados  
por la grey alegre .y franca  
de capences y .encerrados,  
que no eran menos osados  
que aquellos de Salamanca.

Bautizados por. alguno  
de chispa y de buen humor,  
con un apodo oportuno  
llamaban “El Tigre”, al uno,  
y al otro ” El Inquisidor”.

### III

¡Tiempos tristes los pasados!  
el rigor era la ley,  
cuando ilusos o engañados  
eran los hombres quemados  
de orden de Dios y del Rey.

Cuando nunca se atendía  
el derecho y la razón;  
y el que negaba o leía  
iba a la cárcel sombría  
de la Santa Inquisición.

De aquel proceder severo,  
eran testimonio y nota,  
pasmando a Méjico entero,  
tres sitios: el quemadero,  
el cadalso y la picota.

El progreso en su carrera  
la picota derribó,  
apagó después la hoguera,  
y tras su llama postrera  
sólo el cadalso quedó.

Mudo, terrible, imponente,  
como fantasma servil,  
fue Méjico, independiente,  
y aun se asombraba a la gente

matando a garrote vil.

Se ve entonces de ordinario,  
a Lento paso marchar  
por la calle del Calvario,  
con hoga y escapulario,  
al que van a ajusticiar.

Siempre el toque de agonía  
fue la voz nunca turbada  
de aquella calle sombría,  
a cuyo extremo se erguía  
la horca odiosa y odiada.

La calle a todos arredra  
y en las noches causa espanto;  
que allí el infortunio medra,  
y todos ven cada piedra  
humedecida con llanto.

En sus contornos oscuros,  
se oyen gritos sofocados,  
maldiciones y conjuros,  
y cruzan cabe sus muros  
espectros de ajusticiados.

El pueblo, que nada olvida,  
afirma con frenesí  
que en la noche tan temida  
el alma de un parricida  
sale a penar por allí.

Y que. no son devaneos  
ver, al dar las oraciones,  
sobre. el altar de los reos  
como terribles trofeos  
luminosos .corazones.

Esa fúnebre capilla  
que enluta eterno capuz,  
pues en ella nada brilla  
es tosca, pobre, sencilla  
con un altar y una cruz.

Allí con solemne calma  
entraba el que fuera en pos  
como mártir, de una palma  
antes de entregar el alma,  
en el patíbulo, a Dios.

Allí cada sombra adquiere  
más luto y más lobreguez  
que el que en el cadalso muere,  
allí reza el Miserere  
por la postrema vez.

Allí causan a la par  
compasión, miedo y pavor  
frente a la cruz, el pesar,  
la horca frente al altar,  
frente a la horca, el horror.

No hay. martirio que. no estalle  
en sitio tan funerario,  
ni alma que allí no batalle,  
pues tal capilla y tal calle  
conducen siempre al Calvario.

#### IV

Una. mañana, salieron  
Manresa y Ramírez juntos;  
larga charla mantuvieron,  
y entusiastas discutieron  
sobre diversos .asuntos.

Un argumento, el mejor,  
que a los dos les .preocupaba...  
y trataron con calor,  
era: ¿En qué estriba el valor?  
y cada cual meditaba.

¿En desdeñar el abismo  
que ante la muerte se ve?  
¿En luchar con fanatismo?  
¿En dominarse a sí mismo?  
¿En ser invencible? ¿En qué?

-En dominarse; ¿no es esa  
prueba de gran valentía,  
con la dignidad ilesa?

-Tal es mi opinión, Manresa.

- Ramírez, tal es la mía.

-Pero hay casos en los cuales  
tiembla el hombre sin querer,  
pues son sobrenaturales..

-Yo todos los juzgo iguales,  
porque querer es poder.

-Te asiste razón y es cierto;  
¿mas si llegas a mirar  
en noche, en claustro desierto  
que se te aparece un muerto  
y que te pretende hablar?

– Conseja, fútil conseja,  
que el ánimo enfermo trunca  
de un imbécil o una vieja,  
pues el que la vanidad deja  
no vuelve a la vida nunca.

.- Los Santos Padres dijeron,  
acuérdate, en un concilio...

-Los Santos Padres mintieron  
los pobres no conocieron  
ni a Tibulo, ni a Virgilio.

– ¿Pero tú no juzgas ciertos  
sus relatos consagrados,  
que a firman los más expertos?  
– Decir que vuelven los muertos,  
no es cosa de hombres honrados.

-Siempre te encuentro de fiesta,  
no pierdes tu buen humor  
ni en una cuestión cual ésta,  
y quiero hacer una apuesta  
para probar tu valor.

– Lo que quieras, nada temo;  
por bravo no me reputo,  
pero soy digno en extremo;  
ni con los diablos me quemo  
ni con los muertos discuto.

Pues bien; te voy a decir,  
y no me hagas un reproche,  
pues lo puedes discutir:  
no eres capaz de venir  
al cadalso, a media noche.

-¿Pero qué, te has figurado  
que soy tan vil y cobarde?  
yo subiré a ese tablado,  
aun estando el cuerpo helado  
del que ahorcarán por la tarde.

-Tan bravo no te creí.  
– Pues sábelo; así soy yo,

y de tal suerte nací.  
– Pues yo te digo que no.  
-Y yo te digo que sí.

-Ya que junto a la horca estamos,  
en ella voy a poner  
este libro que llevamos,  
y cuando las doce oigamos  
lo vendrás a recoger.

-Ve a ponerlo, nadie tiene  
duda de mi altiva fe,  
pues sin mancha se sostiene  
que la media noche suene  
y a recogerlo vendré.

Y alegres los dos cruzaron  
las calles de la ciudad  
de otras cosas conversaron  
y así contentos llegaron  
hasta la Universidad.

## V

Llegó la noche sombría;  
el espacio se enlutaba;  
el viento horrible gemía;  
la lluvia tenaz caía  
y el cielo relampagueaba.

Una promesa hecha entonces  
era un pacto temerario  
esculpido sobre bronce;  
oyeron ambos las once  
y se fueron al Calvario.

Moviendo iguales sus piernas  
cruzaron por la ciudad  
que en esas noches eternas  
sin lámparas ni linternas,  
mostraban su soledad.

Pronto en el Calvario dieron;  
de la capilla, al portal  
por instinto se acogieron;  
surgió un relámpago,  
y vieron el patíbulo infernal.

– Voy por el libro y me esperas;  
y así no me harás reproche.

-Ve y vuelve cuando tú quieras.

.....

Y las campanas austeras  
sonaron la media noche.

El que se quedó, veía  
marchar con grave arrogancia  
al que al cadalso partía,  
y apoco, tan solo oía  
sus pasos en la distancia.

Luego un rumor sordo y hueco  
después un murmullo falso  
como el engaño del eco,  
y enseguida un golpe seco  
en las tablas del cadalso.

Con ansiedad sobrehumana  
el uno al otro esperó  
y fue su esperanza vana,  
pues despuntó la mañana  
y Manresa no volvió.

No volvió, porque tocaron  
sus manos, en el incierto sitio,  
el libro que buscaron,  
y sintió que lo tiraron  
de la capa y cayó muerto.

.....

## VI

No bien hubo amanecido,  
Ramírez sube anhelante  
al cadalso aborrecido,  
y halló en las tabas tendido  
el cuerpo del estudiante.

Lleno de horrible aflicción  
cuando a su mente se escapa  
de la muerte la razón  
encuentra sobre un tablón,  
prendida a un clavo, la capa.

Y a varios que lo seguían  
les dijo el motivo justo  
y todos se convencían;  
-Sintió que lo detenían.

y es claro... ¡murió del susto!